

CUARTO CENTENARIO DE LA MUERTE DE SAN FRANCISCO JAVIER

1552 - Julio - El Capitán del Puerto de Malaca

27 JUNIO 1952
P. MIGUEL SELGA S. J.

La nave santa cruz del embajador Pereira, cargada de ricos presentes, se halla anclada en la rada de malaca: Javier está haciendo los últimos preparativos para ir a bordo. De repente el capitán del puerto, D. Alvaro de Ataíde, el hijo menor del descubridor Vasco de Gama, se obstina en negar permiso al navío, para salir a mar abierta y emprender el viaje a China. Inútilmente le representan ciudadanos respetables que, como capitán del puerto y oficial del reino, tiene obligación de dar cumplimiento a las órdenes del virrey. En vano le conjura Pereira a que por respeto al nombre del gran descubridor no estorbe una empresa de tanta gloria para Dios y tanto lustre para Portugal. D. Alvaro se cerró en que tenía informes secretos de que una flota de navíos javanese estaba para echarse sobre Malaca y él se veía precisado a requisar la nave del embajador Pereira. Reconvinósele que algunos navíos llevados de Java habían traído noticias ciertas de que nadie en Java pensaba en hacer preparativos de ataque contra los portugueses de Malaca: sin embargo, D. Alvaro siguió obstinado en su parecer y bajo pretexto de ser la nave *Santa Cruz* necesaria para la defensa de la plaza mandó quitar el mastil y las velas y sacarlas a tierra y puso guardias en el cuartillo del timón. Con haber padecido Javier en su vida muchos trabajos ninguno le dió tanta pena como esta sinrazón, por la cual D. Alvaro impedía el principio de la conversión de China, obstaculizaba la predicación evangélica e imposibilitaba el cumplimiento de las comisiones pontificias. No parece que por malicia se opusiera. D. Alvaro a los planes de Javier: lo que le cegaba, lo que hería en lo más vivo su soberbia y codicia era que otro que él fuera de embajador a la China con la honra y la ganancia que todos veían en aquella embajada. Ni en la India, ni en ceilán, ni en las molucas, a ninguna autoridad civil había declarado Javier el carácter de Nuncio apostólico que le había otorgado el papa Paulo III:

solo ante la terquedad de Ataíde creyó llegado el momento de notificar a D. Alvaro esta dignidad por medio del vicario de malaca y conminarle con las censuras y excomuniones en que incurriría, si estorbaba una empresa de tanta gloria de Dios. Pertinaz y obstinado se mantuvo Ataíde ante las provisiones que le mortraban del virrey, ante los ruegos y representaciones de terceros, ante los delegados de la autoridad eclesiástica, ante las amenazas del capitán militar de la fortaleza. Cuando este le hizo presente las consecuencias serias que podría traer esta desobediencia a las órdenes del rey, levantóse Ataíde de su asiento y lleno de coraje arrojó un salivazo al suelo, diciendo no más que eso me importan las órdenes del rey. Desseaba Javier que D. Alvaro se diera cuenta de la enormidad de su culpa, se ofreciera a dar satisfacción pública por el escándalo que había dado a los cristianos de malaga y que nunca jamás en los siglos venideros se atreviera oficial alguno de la tierra a oponerse a un mensaje del cielo y cortar los pasos de los ministros del evangelio. Aflijido y apenado ante tanta soberbia y terquedad, Javier se limitó a decir con suspiros y muchas lástima. Ay de Don. Alvaro, porque ha de ser muy presto castigado en la honra en el cuerpo y en la hacienda y plegue a su divina bondad que no le castigue en el alma. Acercose a Javier una persona influyente de malaca y le advirtió que convendría se despidiera del capitán antes de salir para china: Don Alvaro, contestó Javier, no me verá más en esta vida. Le espero en el tribunal de Dios, donde dará cuenta de sí

v de este último hecho." Poco tardó en llegar el castigo anunciado de ella y de su honra, en desgracias que D. Alvaro cometía, el rey lo mandó prender con mucha deshonra, y fue llevado a Goa preso y enviado a Portugal donde le fue confiscada la hacienda mal ganada y con grande menoscabo de ella y de su honra, en desgracia de su rey, cubierto de una lepra muy hedionda, acabó en Portugal la vida miserablemente. Todos los habitantes de Malaca vieron con sus ojos la derrota del que se creía invencible. Este castigo, dice un testigo presencial de

Malaca, le vimos por nuestros ojos, porque ya a la sazón estaba leproso y así como estaba le prendieron y le llevaron de la fortaleza de Malaca a la India y de ahí a Portugal, donde murió cubierto de lepra.